

Crónica del mes

Junio

El domingo 1° de junio, el presidente de la República, Francisco Flores, acudió a la Asamblea Legislativa a rendir las cuentas de su cuarto año de gestión. Leyendo un flamante discurso, el mandatario se refirió a la situación del país a lo largo de los cuatro años que lleva ocupando Casa Presidencial, destacando los magnos avances que, a su juicio, la diferencian de las anteriores gestiones presidenciales, incluyendo las de sus predecesores areneros. Dado que la ley no estipula que la total sinceridad y transparencia sean elemento primordial de este ejercicio, Flores no desaprovechó una tribuna ideal para hacer alarde de las realizaciones de su gobierno. Remachó ante sus detractores —el 80 por ciento de los salvadoreños que dicen en las diferentes encuestas no estar de acuerdo con su política— un rosario de realizaciones que considera deben acreditarse a su equipo gubernamental. Flores dijo haber cumplido con creces su tarea. Si “el éxito de un gobernante se mide por el cumplimiento de sus promesas —expresó el mandatario—, por esta razón es que vengo acá, no con aseveraciones vagas, sino con la certeza de obras verificables, a decir que he cumplido”.

El discurso presidencial, cargado con una gran cantidad de datos comparativos, continuó con el ritual de encantamiento. En los últimos cuatro años, aseguró el presidente, el gobierno elevó la cantidad de escuelas en el país de 2 647 a 3 947; casi se duplicaron los escenarios deportivos, pasando de 450 a 700; se elevó la expectativa de vida de solo 57 años a 70; se triplicó la producción de agua en el Gran San Salvador; se amplió la cobertura de electricidad y vivienda, y se lograron controlar los índices de violencia y delincuencia. En pocas palabras: los salvadoreños viven, gracias al actual gobierno, en el mejor de los países posibles.

El mandatario expresó con claridad que las medidas económicas más acertadas de su gobierno fueron: la implementación de la Ley de Integración Monetaria (LIM), el haber honrado las deudas del país a tiempo y una reducción del déficit fiscal sin el incremento de los impuestos; en el sector externo, destacó el haber impulsado y aumentado las exportaciones salvadoreñas hacia aquellos países con quienes se ha ratificado convenios de libre comercio.

El Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y Estados Unidos (CAFTA, por sus siglas en inglés) ocupó un lugar privilegiado en el cuerpo del discurso: “La posibilidad de que nuestros hermanos salvadoreños en el extranjero consuman lo que acá producen nuestros campesinos, significará la transferencia de recursos más efectiva, para aliviar su pobreza”, aseguraba el presidente. Según lo recogido en el discurso presidencial, el libre comercio con Estados Unidos sería la lámpara de Aladino que traerá progreso para todos. Por ello, resulta lógico que Flores prometiera lo siguiente para el último tramo de su período presidencial: “Me dedicaré a lograr las mejores condiciones de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, convencido de que ésta es la mejor opción para el agro salvadoreño, para las jefas de hogar y para la micro y pequeña empresas, que verán expandidos sus horizontes de oportunidades”.

Sobre otro tema de capital importancia, la emigración salvadoreña, el discurso presidencial muestra cómo el gobierno de turno ha tenido un interés meramente instrumental respecto a los salvadoreños que viven en el exterior. Los concibe como (a) proveedores de divisas; (b) una masa de potenciales desempleados en el país, pero que se han colocado en el mercado laboral del extranjero;

y (c) como el mercado cautivo para los productos tradicionales de exportación. Esto último también se revelaba en el discurso presidencial. Para Flores, el CAFTA no solo abriría muchas puertas, sino que “le agregará valor a todo lo nuestro, al convertir en producto de exportación, nuestros productos tradicionales. Nuestros compatriotas en el exterior tienen más capacidad adquisitiva que nuestro mercado de consumo, aquí en El Salvador”. Las palabras son elocuentes.

Ello explica por qué gran parte de las gestiones de la diplomacia salvadoreña se invierten en tratar de impedir el peligro de una deportación masiva de los compatriotas indocumentados en Estados Unidos. La deportación implicaría recibir menos dólares en concepto de divisas familiares y aumentar la masa de personas desempleadas. Por ello resulta lógico que el presidente exhibiera como logro las gestiones de su servicio exterior para lograr que la comunidad salvadoreña se arraigue en Estados Unidos. Según Flores, el prestigio internacional de El Salvador “nos ha permitido proteger de forma efectiva, a nuestros compatriotas en el exterior. El Programa de Protección Temporal fue un rotundo éxito, al lograr inscribir al 97 por ciento del universo de elegibles, para el programa. Hoy buscamos una nueva extensión del permiso de estadía, para nuestros compatriotas. Estamos confiados en lograrlo”.

Sin lugar a dudas, las gestiones para proteger a los emigrantes del peligro de deportación son positivas, pero llaman la atención dos cosas: Uno, que las gestiones diplomáticas no busquen proteger, efectivamente, los derechos humanos de los migrantes indocumentados cuando están en camino hacia Estados Unidos. A lo largo de ese camino, que abarca tres países, los salvadoreños están a merced de los “coyotes” y de las arbitrariedades de la policía y las autoridades migratorias. Es curioso que su situación solo adquiera interés una vez que están instalados en territorio estadounidense y puedan trabajar y enviar dólares. La otra cosa que llama la atención es que no se trabaja para hacer de El Salvador un país que invite a quedarse, sino que impela a migrar.

Flores, pues, omitió referirse a los principales problemas que aquejan a los salvadoreños. La huelga en el Seguro Social, el principal talón de Aquiles del gobierno en los últimos meses, no mereció ningún comentario en el discurso del mandatario. El presidente decidió ignorar un serio pro-

blema que preocupa a muchos salvadoreños. Ignora que buena parte de la población, si no manifiesta una simpatía militante con los trabajadores en huelga, ve en la actitud del presidente una posición intransigente e irresponsable que rehúye su responsabilidad. De nueva cuenta, el mandatario hace gala de su miopía política.

Es evidente que el discurso presidencial tenía como finalidad detener la oleada de críticas que había recibido su gobierno durante las semanas anteriores. En esta línea, el principal objetivo eran sus detractores del FMLN. Por eso declaró el mandatario que “los salvadoreños logramos, aun en la adversidad, construir cada día el presente que queremos y el futuro que esperamos. Las bases son firmes, el camino está trazado, no nos detengamos, no nos retrasemos. [No hay que dejarse desviar por] los que irresponsablemente desean descarrilar el esfuerzo”. [Así], “no permitamos que nuestros hijos vuelvan a comenzar de cero, es bastante el camino recorrido, apreciemos lo que hemos logrado, no ha sido fácil, ni ha sido suficiente, pero ha sido nuestro y no impuesto por ideologías que recurrentemente han fracasado”.

Por otro lado, Flores se dirigió también con especial fuerza a “sus hermanos areneros” que pusieron en tela de juicio las realizaciones de su gobierno. Les recordó que éste ha sido el único que ha resuelto problemas ya perennes, como la construcción de vías de acceso a las comunidades rurales, escuelas e instalaciones deportivas. “Cincuenta municipios pobres y aislados están hoy conectados al desarrollo por carreteras pavimentadas y 162 nuevos puentes. Carreteras ansiadas por generaciones son hoy una realidad”. Asimismo, las cifras que ofreció Flores dicen ser superiores y en algunos casos duplican a los indicadores de hace cuatro años.

Finalmente, en el trasfondo de las palabras de Flores, había un guiño especial hacia el electorado salvadoreño. El presidente le recordó la situación endémica que ha caracterizado el país. Pese a que calificó, sin decirlo, de ineptos a sus predecesores, incluso a Calderón Sol y a Cristiani, que no supieron resolver los problemas de pobreza, falta de carreteras o de acceso al agua potable de la mayoría de la población; pese a ello —quizá porque no es permitida la reelección presidencial—, siguió pidiendo que se considere el voto para su partido. Flores pidió a los salvadoreños que no se tire a la borda lo que tanto le ha costado realizar en sus cuatro años de gestión.

En torno a las recriminaciones solapadas de Francisco Flores a sus correligionarios areneros, no hubo señal de mayor rebeldía. Los legisladores areneros ofrecieron una conferencia de prensa para alabar a su presidente. Los dos principales matutinos del país, conocidos por su apoyo militante al partido oficial, avalaron las declaraciones de Flores. Los dos ex presidentes de la República, los más críticos frente a la gestión gubernamental, a cuyo déficit en el plano social atribuyeron los malos resultados del partido, no manifestaron malestar alguno acerca del tenor del discurso de Flores.

Únicamente las voces de Francisco Flores y de su gabinete económico fueron autorizadas para repetir el discurso oficial en un momento político en que les resultaba peligroso cualquier signo de crítica. Curiosamente, fueron esas mismas voces las más vapuleadas por parte de sectores ligados al partido ARENA, luego de conocerse los resultados de las pasadas elecciones. Recuérdese que en los días de autoanálisis arenero que siguieron a los pasados comicios, los ex presidentes Armando Calderón Sol, Alfredo Cristiani y otras figuras históricas areneras, endosaron los malos resultados electorales a las políticas impopulares de Flores y su equipo de gobierno. El ministro de Hacienda, Juan José Daboub, fue uno de lo más tildados. Pasados los tiempos de evaluación en ARENA, y con los críticos puestos en su lugar por el mismo presidente Flores, no podían esperarse voces internas divergentes del discurso presidencial. Con ello, los estrategas políticos oficiales se aseguraron que, llegado el tiempo de rendir cuentas a la nación ante los diputados, Flores y su partido acudieran en una aparente sintonía, al menos frente a la opinión pública.

Flores dedicó también en su discurso unas palabras halagadoras a la diplomacia estadounidense en El Salvador: "Queremos reconocer a la Embajadora de los Estados Unidos, Rose Likins, quien ha construido una magnífica relación entre su gobierno y el nuestro, y en nuestros momentos más duros ha actuado como una salvadoreña, buscando ayuda para nuestros compatriotas. Estando a pocos días de su retiro —prosigue el mandatario—, en nombre de un país agradecido, muchísimas gracias embajadora". La respuesta de la agasajada vino después: "Ahora tienen los resultados bien enumerados, bien presentados y son para mi bien aplastantes en ese reclamo de la sociedad de saber qué ha hecho este gobierno. Ha hecho mucho y es evidente y obvio", aseguró Likins.

Contrario al recital de elogios mutuos entre el mandatario, los diputados oficialistas y la diplomática norteamericana, las fuerzas opositoras en la Asamblea criticaron fuertemente el mensaje presidencial. "El país que describió es distinto al que perciben los salvadoreños", aseguraba Héctor Dada, legislador del CDU. Los líderes efemelenistas también manifestaron su desacuerdo con el discurso presidencial. Para ellos, las cifras lanzadas por el presidente son insostenibles en la realidad. De esta manera, el partido de izquierda se hizo eco de las encuestas que evaluaron de manera negativa el desempeño gubernamental.

La lluvia de críticas al discurso presidencial fue mermando a medida que otros asuntos de interés nacional cobraron relevancia: las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y El Salvador —que pusieron en cuestión de nueva cuenta la soberanía de este último— y los temores —acaso fabricados bajo el ropaje de la lucha anticomunista— expresados desde diversos sectores nacionales y la misma embajada de Estados Unidos sobre la posibilidad de que el FMLN ascendiera al Ejecutivo el año próximo. En esa línea, el día 4 de junio, un rotativo nacional publicó una entrevista con la embajadora estadounidense, Rose Likins, en la que ésta alertaba sobre el riesgo en las inversiones de su país, si el FMLN llegara a la presidencia de la República. "Nuestra relación con el próximo gobierno se basará en si son un buen socio, y algunos de los señalamientos, acciones y discursos del Frente nos causan preocupación", expresaba Likins, asegurando que sus palabras respondían a los criterios de Washington.

Los temores fueron alimentados desde diversos flancos durante los días siguientes. El 5 —desde el foro denominado "Un diálogo por la democracia", realizado en la ciudad de Miami—, el presidente Flores arremetió en contra del partido de izquierda y su plan de gobierno. El mandatario declaró sin ambages que "el FMLN se ha convertido hoy en el partido comunista [...] y por definición el partido comunista no es democrático y en eso estriba el riesgo para El Salvador y por eso es que ya empezamos a ver levantadas voces de preocupación, tanto al interior del país, como afuera del país, que le espera a El Salvador, después de su proceso democrático, convertirse en un país comunista, ese es el gran riesgo". Flores hizo alarde de los pretendidos logros de su partido, más que de su gobierno: "lo que ARENA ha logrado sobrepasa todo los

éxitos de todos los partidos políticos en toda Latinoamérica”, expresó.

Flores, consecuente con su política internacional, llegó a justificar la intervención militar angloamericana en Iraq. En su edición del 7 de junio, el rotativo *La Prensa Gráfica* recoge las siguientes declaraciones del mandatario salvadoreño: “para Estados Unidos había varias razones para intervenir en Iraq, y la más importante era evitar la posible repetición de un atentado como el de las torres gemelas [...] Estados Unidos estaba defendiéndose al ir a esa guerra”. El día 10, desde la ciudad de San Martín, Francisco Flores reincidió en su discurso anticomunista durante la ceremonia de inauguración de una obra vial: “Es una realidad que hay una amenaza y peligro que es el comunismo. Ha estado presente en la historia de El Salvador desde 1932”. Días después, trascendió que el presidente Flores proponía enviar un contingente de soldados salvadoreños a Iraq, para que participaran en tareas de reconstrucción en ese país devastado por la incursión militar estadounidense. Flores, no obstante, necesitaba del aval de los diputados de la Asamblea Legislativa, para echar a andar su iniciativa. Mientras tanto, el embajador español en El Salvador, Francisco Montalbán, se refirió a la posibilidad de alternancia en el Ejecutivo con suma tranquilidad, contrastando con las declaraciones precipitadas de la diplomática estadounidense: “el sistema incluye la posibilidad de la alternancia, que ya se ha dado en la Asamblea, en los principales municipios, y cuando la población lo decida, puede darse en la presidencia”, razonó el diplomático.

El 18, la ministra de Relaciones Exteriores, María Eugenia Brizuela, admitió que el Ejecutivo salvadoreño había firmado un acuerdo con Estados Unidos en el que daba inmunidad a los militares de ese país, para que no fuesen perseguidos por alguna disposición de la Corte Penal Internacional que daría seguimiento a los acusados de delitos contra la humanidad, crímenes de guerra o genocidio. Ese mismo día, el secretario adjunto de asuntos hemisféricos del Departamento de Estado, Daniel Fisk, cuestionaba, desde Washington, el proceso del FMLN: “Yo creo que podemos preguntarnos cuál es su compromiso [del FMLN] con la democracia en El Salvador, y espero que los salvadoreños se hagan esa pregunta”. El 20, Flores aseguró que hasta 200 soldados salvadoreños podrían partir hacia Iraq, si los diputados de el Asamblea daban su aval. Días después, el contingente creció a 360 militares.

En definitiva, durante el mes de junio quedaron en evidencia algunas situaciones preocupantes desde cualquier punto de vista. En primer lugar, la injerencia del gobierno estadounidense en la política doméstica salvadoreña. No obstante, las declaraciones de la embajadora y la orientación de la política norteamericana en El Salvador —y en todo el hemisferio—, lejos de suscitar un debate en torno a las injerencias de Estados Unidos y la soberanía salvadoreña, dieron lugar a otras reacciones, comprensibles solo en la actual coyuntura preelectoral: el FMLN moderó su discurso —al menos formalmente— y el gobierno de Francisco Flores, para citar los principales actores, las recibió con beneplácito.

El estrecho lazo que une al gobierno salvadoreño con el de Washington no causa extrañeza. Francisco Flores se ha amparado en la amistad que le une con Bush para pedirle a éste en dos oportunidades que extendiera el plazo al programa migratorio que protege a miles de salvadoreños ilegales que laboran en territorio estadounidense. Sobre las gestiones gubernamentales en Estados Unidos para “proteger” esa fuente de divisas se ha hablado hasta la saciedad. Flores, a cambio, ha acompañado a Bush en su aventura guerrerista por Afganistán e Iraq; ha abierto el mercado a las inversiones estadounidenses; y, antes de irse de casa presidencial, planea rubricar un tratado comercial con ese país, en condiciones adversas para la economía nacional.

Días después de las declaraciones de Likins, el FMLN aparentó suavizar su discurso. En el documento “Carta a la Nación” —desplegado el día 17 de junio—, la comisión política efemelenista sostenía que, de llegar a la presidencia de la República, ampliarían “nuestras relaciones con los países del mundo, sin discriminación alguna, y en particular, respeto mutuo y cooperación con los Estados Unidos de América, en aquellos temas de común interés para nuestros pueblos”. Seguidamente, el FMLN detalló esos temas que vincularían su gobierno con Washington: “es del interés de El Salvador y de los Estados Unidos de América que en esta región del mundo se afiancen los procesos políticos democráticos, se supere la pobreza, se detenga la destrucción del medio ambiente, se persiga a los narcotraficantes, se sancione el lavado de dinero y se ponga freno a cualquier actividad terrorista”.

El anacrónico discurso anticomunista defendido actualmente por algunos sectores nacionales es

taría en sintonía con las directrices de Washington. Pese a las evidencias en contra y con cada vez mayor agresividad, distintos sectores de opinión, posicionados firmemente en uno de los matutinos cuyas credenciales anticomunistas son ya una tradición en el país, insistieron en sus temores sobre la amenaza que representa para el futuro de El Salvador un posible triunfo electoral del FMLN en las elecciones del 2004. Para algunos de los más alarmados, lo que está en juego no es solo la conservación del sistema, sino el "destino nacional". Por tanto, la situación es, en verdad, dramática.

El presidente Francisco Flores —uno de los más preocupados por esa "amenaza comunista"— hizo gala, abiertamente, de sus temores ante un posible gobierno de izquierda. De ser ese el caso, según Flores, "ya no vamos a tener protección migratoria del exterior, no vamos a poder protegerlos [a los inmigrantes], los van a deportar. ¿Cuántas familias van a dejar de percibir una remesa familiar? Una parte de la economía se va a perder. Estamos hablando de riesgos inmensos para el país". No obstante semejante riesgo, el presidente no explicó por qué o cómo un triunfo electoral del FMLN en los comicios presidenciales del próximo año se traducirá en una deportación masiva de inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos, ni los acuciosos periodistas se tomaron la molestia de preguntárselo. A lo mejor, Flores tiene la promesa de su amigo George W. Bush de castigar al FMLN, deportando masivamente a los salvadoreños ilegales en Estados Unidos. De no existir tal promesa, lo dicho por Flores no sería más que un invento.

En el supuesto —discutible desde todo punto de vista— de que el FMLN intentara, de ganar las elecciones presidenciales, implantar un régimen socialista a la cubana, es posible que el gobierno de Estados Unidos traicionara la lógica que lo ha caracterizado en su trato hacia inmigrantes provenientes de gobiernos enemigos. Pero, obviamente, se está suponiendo algo para lo que no se tienen pruebas consistentes: que el FMLN, de ganar la presidencia de la República, iniciará un cambio radical en el modelo económico y político. Por lo demás, si el gobierno estadounidense decidiera entorpecer, por la vía de la deportación de los inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos, una posible gestión gubernamental efemelenista —por muy alejada que la misma estuviera de cualquier pretensión revolucionaria—, ello solo se explicaría como un pago a la sumisión mostrada por Flores a

las autoridades estadounidenses y a su amigo Bush. La pregunta es si la amistad declarada entre éste y Flores da para tanto, es decir, para pasar por encima de la racionalidad y el derecho más elementales.

De todos modos, los temores de Flores ante un triunfo electoral del FMLN no solo tienen que ver con la inminente deportación de salvadoreños en territorio estadounidense, sino también con la paralización de las tan preciadas inversiones extranjeras. "Los inversionistas están nerviosos —sostuvo Flores—. Conozco cantidad de proyectos que se están deteniendo, gente que dice: 'yo no voy a invertir mientras no se defina esto'. El primer efecto es en el inversionista y nos afecta en los empleos". El presidente no dijo lo más interesante: quiénes eran los inversionistas que estaban nerviosos; tampoco, como es usual cuando se trata de cosas importantes, los periodistas-investigadores criollos se tomaron la molestia de preguntárselo. Y es que solo si se sabe a qué empresas o conglomerados representan esos inversionistas se podrá tener una idea clara del impacto económico que tendría (o que está teniendo) su resistencia a invertir. Mientras eso no se sepa, los temores presidenciales no tienen ninguna credibilidad. Por lo demás, cualquiera que esté medianamente informado del comportamiento empresarial, sabe que a los empresarios lo que les interesa es multiplicar sus riquezas, sin importar cuál sea el régimen político vigente en el país donde están instalados (o piensen instalarse). Si esto no les importa, mucho menos les preocupa un simple triunfo electoral de un partido de izquierda que, en sí mismo, no predetermina si ese partido se lanzará a un cambio de régimen o sencillamente se dedicará a administrar de manera un poco más decente la cosa pública.

En fin, los temores del presidente Flores no tienen ningún asidero en la realidad. Y ello porque el supuesto de fondo que los alimenta es francamente absurdo. ¿Cuál es ese supuesto? Que el FMLN es un partido comunista, no democrático, cuyo propósito fundamental, de ganar las elecciones, sería implantar un modelo socialista. En virtud de tal apreciación, para Flores "las alternativas son: o continuamos en un país basado en las libertades, o desechamos ese sistema libre y nos pasamos a un esquema como el que propone el Partido Comunista".

Los argumentos previos expuestos por Flores —con todo y lo endeble que son— apuntan a dar

algún sentido a la tesis de que el país se enfrenta de nuevo a la "amenaza comunista" que, desde la oposición política, ha hecho todo lo posible por socavar su gestión gubernamental, con miras a promover la "lucha de clases". "Tenemos —ha dicho no sin alarma Flores— un esfuerzo sistemático de toda la oposición con dos mensajes: uno, estás mal; y segundo, estás mal porque hay otros que causan malestar, con el mensaje divisionista del conflicto de clases. Estos dos mensajes producen frustración, producen división y un panorama sombrío. Eso explica el ánimo del país". Con todo, el anticomunismo de Flores —en el cual está siendo secundado por otras voces no menos paranoicas— ha contribuido a revivir una peligrosa división ideológica que en el pasado dejó miles de muertes, persecución y torturas.

En el plano legislativo —igualmente confrontativo— los diputados de la actual legislatura entraron a su segundo mes de gestión. La elección de cinco de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia y la aprobación de préstamos internacionales eran las tareas pendientes en la agenda legislativa, misma que dio espacio a iniciativas sorprendidas. El día 3 de junio, los legisladores aprobaron, por unanimidad, un empréstito internacional de 142.6 millones de dólares, destinados para la reconstrucción de siete hospitales de la red pública. De paso, aprobaron otro crédito de 70 millones para financiar proyectos de vivienda; de éstos, 10 millones serían destinados para la Alcaldía de San Salvador.

Mientras el representante de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) para América Latina y el Caribe, Adolfo Franco, destacaba las deficiencias en la administración de justicia salvadoreña (falta de transparencia, lentitud, inseguridad jurídica y poco combate a la corrupción), los diputados de la Asamblea Legislativa se aprestaban a elegir a los cinco magistrados de la Corte Suprema de Justicia, incluido su presidente, mismos que deberán asumir sus cargos el 1 de julio del año en curso. En ese orden, el día 19, los parlamentarios reeligieron, por unanimidad, al presidente de la Corte, Agustín García Calderón, para la conducción del Órgano Judicial durante los próximos tres años. Eligieron además a los cinco magistrados de la Corte que llenarán las plazas vacantes en el máximo tribunal de justicia del país. Los legisladores reprendieron a García Calderón por las disputas internas en el sector justicia y le

exigieron que redujera la mora judicial y combatiera la corrupción.

El 26, sorprendentemente, los diputados de la oposición aprobaron el incremento del porcentaje del presupuesto general de la nación para las alcaldías, del 6 al 8 por ciento. El Ejecutivo, como era de esperarse, se opuso a la medida, asegurando que desequilibraría las finanzas públicas. Al día siguiente, el ministro de Hacienda, Juan José Daboub, aseguraba que destinar esos fondos para las alcaldías implicaría reducir el presupuesto de áreas públicas sensibles como la salud, educación y vivienda.

El incremento para las 262 municipalidades del país —que según la cartera de Hacienda significaría 36.5 millones de dólares extra— implicaría, de acuerdo a los cálculos gubernamentales, dejar de construir más de 2 mil viviendas, 13 unidades de salud, 114 casas de salud y 533 aulas, causando un impacto del 0.2 por ciento en el déficit fiscal al cierre del año. El presidente de la Corporación de Municipalidades de la República de El Salvador (COMURES), Marcos Funes, del PCN, manifestó otra lectura en torno al asunto: "el monto que nos otorgan no era suficiente para poder cubrir la ejecución de proyectos que por mandato constitucional le correspondían en un principio a las instituciones del Estado". Funes aseguró que los fondos serían utilizados para ampliar la cobertura de agua potable, construir caminos rurales, educación, ampliación de la red eléctrica y reparación de calles.

Pasando al plano partidario, los dirigentes de ARENA, del FMLN y de los partidos llamados "de centro" afinaban sus estrategias de campaña con miras a la cita electoral del 2004. Por eso, la sensación predominante al observar el comportamiento de los actores políticos durante el mes fue un nerviosismo desenfrenado que se tradujo en la implementación o planificación de medidas que muchos han considerado de corte populista. En esta materia, tanto la oposición como el partido de gobierno se acusaban mutuamente de caer en el populismo. En el caso de los partidos de oposición, algunos sectores cercanos a ARENA denunciaron la irracionalidad de algunas medidas impulsadas en los últimos días desde la Asamblea Legislativa. Fue el caso, por ejemplo, del perdón a las multas de tránsito o de los esfuerzos por frenar los embargos del sistema financiero a algunos empresarios cafetaleros en situación precaria. Por parte de la oposición se denunció la decisión del presidente Flores, en la línea de bajar el precio de

la energía eléctrica, afectando la capacidad de las alcaldías de colectar impuestos necesarios para la prestación de los servicios requeridos por la ciudadanía. Algunos vieron en esas medidas un reflejo directo del ritmo electoral salvadoreño.

El fabricado ambiente anticomunista encontró un terreno fértil en la dinámica del sistema político salvadoreño. La incertidumbre que ha embargado a muchos respecto del próximo jerarca de Casa Presidencial —por mucho que los dirigentes areneros y cierta prensa conservadora predicaran en tonos apocalípticos una supuesta invasión de marcianos comunistas en El Salvador— ha sido un hecho muy importante en el proceso democrático salvadoreño. Porque la virtud más relevante en un sistema democrático es que nadie está en posibilidad de predecir el resultado del proceso de selección de los gobernantes. Todos deberían de someter sus intereses a la incertidumbre y nadie debería presionar en el sentido de torcer por adelantado el resultado de las justas electorales.

La democracia implica también asumir la alternancia en el control de los asuntos públicos. Cuando las élites se muestran reacias a aceptar este principio, por mucho que enarbolan supuestos “ideales más nobles”, se convierten en peligrosos detractores de la estabilidad política que dicen cuidar. Como prueba de sus “nobles ideales” —cuyo propósito se dice busca ahorrar a los salvadoreños una tiranía comunista al estilo cubano—, a lo largo del mes, los principales periódicos locales desgarraron las miserias del pasado comunista y retomaron a saciedad la pobreza que padecen los ciudadanos cubanos bajo la dictadura de Fidel Castro. En consecuencia, exhortaron a los salvadoreños a no aventurarse y tener miedo de la amenaza comunista que se cierne sobre el país.

Como muestra de lo anterior, la siguiente declaración editorial de *El Diario de Hoy*, del 17 de junio, da una idea de la campaña en curso: “buena parte de nuestros lectores conocen lo que sucedió a médicos y trabajadores que no acuerparon la huelga: los insultaron, los difamaron, los amenazaron y, en ciertos casos, los atacaron. El partido comunista no tolera disidencia; los cabecillas tienen que obedecer ciegamente, y el proletariado, los lumpenes, también. Los que esperan que los comunistas hagan milagros se deben ver en esos espejos. Si no tienen empacho en purgar a sus antiguos camaradas, no cuesta imaginar la clase de

apertura informativa y libertad de discusión que permiten una vez que están en la silla”.

En ese clima anticomunista, los partidos políticos realizaban sus movimientos internos para presentarse a las justas electorales del año próximo. En ese sentido, el 2 de junio, un rotativo nacional informaba del rechazo de las bases efemelenistas del departamento de La Libertad a la candidatura del dirigente histórico Schafik Handal, ratificada por la Comisión Política del FMLN. La nota periodística añadía que en otros seis departamentos de la República también se oponían a la decisión de la cúpula partidaria. Hasta esos días, el periodista Mauricio Funes, quien gozaba de gran popularidad en las encuestas de opinión para disputarse la presidencia por el partido FMLN, no decidía si inscribirse en ese instituto político para competir con Handal. La prensa le seguía la pista al reconocido periodista. El día 5, Funes desistió definitivamente de su eventual postulación como candidato y de paso criticó la postura de la dirigencia efemelenista: “pusieron candados para impedir que la fórmula de la Comisión Política enfrentara obstáculos. Quizá pensaron que si me inscribía pondría en riesgo la candidatura del diputado Handal”, razonó el periodista. No obstante la decisión tomada por Funes, los sectores de la prensa nacional, reacios a la opinión editorial mantenida por aquel, no dudaron en cuestionar la solvencia moral y profesional de aquél.

La hipocresía con que se trató el tema de las aspiraciones políticas de Mauricio Funes permitió abordar un tema más amplio, que guarda relación con el desempeño de algunos medios de comunicación en el país con la política partidaria. En primer lugar, fue interesante observar que el caso de Funes no habría sido el primero de un periodista salvadoreño que abandona su micrófono o su pluma para entrar al servicio de un partido. En los últimos años, se ha observado un ir y venir incesante entre los medios de comunicación de derecha y algunas instancias políticas controladas por ARENA. Los casos de Eduardo Torres, Julio Rank y Medardo Alfaro, entre otros, son algunos ejemplos de profesionales de la comunicación que transitaron de las instalaciones de la *Telecorporación Salvadoreña* a las filas areneras, o viceversa. Otros comunicadores pasaron también al servicio directo de Casa Presidencial. Los ejemplos anteriores no solo demuestran que el caso de Mauricio

Funes no constituía ninguna novedad, sino que también permite comprender la falta de objetividad y de rigor con que los detractores del director del noticiario *Hechos* han analizado el tema. Porque no se recuerda que ninguno de los que hoy desaprueban sus ambiciones políticas haya levantado la voz ante la conexión de otros periodistas con la derecha gobernante. Además, por otro lado, es bastante curioso que quienes se ufanan en hablar de la necesidad de deslizar a los periodistas de la política, fueran principalmente los más conocidos voceros de los intereses gubernamentales. Estos periodistas, cuando no manifiestan sin pudor alguno sus simpatías con los políticos del partido en el gobierno, suelen adoptar a pie juntillas todos los planteamientos y rumores difundidos por este partido, por muy descabellados o inverosímiles que puedan resultar para el entendimiento. Esos periodistas fabricaron un debate ético en el que se cuestionaba la credibilidad profesional de Funes. En una entrevista televisiva, el gerente de redacción de *El Diario de Hoy*, Laffite Fernández, calificó la actuación de Funes como “el pecado más grave del periodismo”. Funes se defendió ante la prensa: “Si yo hubiera aceptado la precandidatura y participado en el proceso interno, no sería ético seguir conduciendo la entrevista [Al día], pero yo nunca acepté”, aseguró en una entrevista publicada por otro matutino, el día 7 de junio.

Es evidente que quienes hablan del peligro de socavar la independencia de los medios en el caso de Mauricio Funes, deberían mejor examinar su propia actuación, antes de iniciar cualquier análisis en torno a este tema. Este nuevo caso de un comunicador tentado a meterse en la política debería analizarse en el contexto de los otros periodistas al servicio del poder oficial y del gran capital. La independencia se ve amenazada no solo cuando los periodistas se expresan a favor de la izquierda. El problema de los que ahora critican las ambiciones políticas de Mauricio Funes es que probablemente habían asumido que la política es deseable para los profesionales de la comunicación tan solo cuando se ponía al servicio del partido oficial. En su descontento transpiran más las preocupaciones de sus compinches de ARENA.

Otro caso que causó revuelo en diferentes sectores fue la postulación del presidente del Colegio Médico y dirigente sindicalista, Guillermo Mata Bennet, candidato único a la vicepresidencia por el FMLN. El día 6, Mata Bennet se había afiliado

oficialmente al partido de izquierda y se había inscrito para acompañar a Schafik Handal en las elecciones internas del partido. Ese mismo día, el contrincante de Handal, Óscar Ortiz, se presentó al local del partido en San Salvador para tramitar su respectiva inscripción. De acuerdo a la versión de un rotativo nacional, ni el mismo secretario del sindicato de médicos, SIMETRIS, del cual Bennet es directivo, respaldaba la incursión del líder sindical en la política. “Su candidatura que la maneje él solo, nosotros no tenemos por qué manejar ninguna candidatura”, aseguró el secretario de esa organización sindical, Isaías Cordero.

El partido de izquierda seguía en su carrera para las presidenciales. El día 20, la subjefa de fracción del FMLN, Violeta Menjívar, aseguró que su partido preparaba una comitiva para viajar a Washington y aclararle al gobierno de Estados Unidos cualquier duda que tuviesen acerca de un posible gobierno efemelenista.

El redil arenero tampoco estuvo exento de las turbulencias del ambiente preelectoral. El día 4, el vicepresidente de la República, Carlos Quintanilla, y el empresario Antonio Elías Saca anunciaron que disputarían las elecciones internas para definir el candidato que participará en las elecciones presidenciales del 2004. A ellos se sumaron otros seis aspirantes, entre ellos, el ex director policial, Mauricio Sandoval, quien ya se había postulado con antelación. Un día después, Saca dejó la presidencia de la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) para dedicarse a su precandidatura. El empresario aseguró que su gobierno defendería la economía social de mercado, aunque no pareció distanciarse del discurso del actual gobierno.

El día 10, Quintanilla aseguró que él se desvinculaba de todas las “equivocaciones” que ha tenido el presidente Flores en los cuatro años que ha gobernado el país. “Me siento totalmente desvinculado y creo que es necesario hacer un cambio de actitud en un nuevo gobierno”, aseguró el vicepresidente. Un día después, se inscribió en el proceso interno arenero, reclamando un juego limpio de parte del COENA, en alusión a la virtual campaña —bajo eslogan “la nueva fuerza ciudadana”— que había montado Mauricio Sandoval y la pasividad del máximo órgano de dirección arenero. El 13, Armando Calderón Sol anunció su retiro de la carrera por la presidencia de la República, dejando las puertas abiertas al resto de precandidatos. Ese mismo día, Quintanilla Schmidt denunciaba que

durante el gobierno de Flores había sido "subutilizado", distanciándose una vez más de la actual administración. El 24, el COENA decidió que el partido iría a las internas con los precandidatos Quintanilla Schmidt, Antonio Saca y Mauricio Sandoval. Tres días después, Sandoval anunció que había decidido dejar la elección interna arenera.

En fin, los tres aspirantes a candidatos de ARENA se mostraron ambiguos respecto al gobierno actual. Sabían muy bien que la mala gestión de éste determina las preferencias electorales de la población, que le son desfavorables, pero no se atrevieron a señalar sus fallas principales para hacer promesas concretas. No pudieron decir sin más que, si llegaban a la presidencia del poder ejecutivo, continuarían con las políticas actuales; pero, excepto uno de ellos, tampoco se atrevieron a tomar distancia de forma abierta.

A veces parecía que prometían hacer un gobierno bastante distinto, pues de lo contrario no habría diferencia con el actual; pero sus discursos fueron tan parecidos que resulta difícil adivinar qué de nuevo podrían ofrecer. Claro está, algunos aspirantes fueron más ambiguos que otros, pero todos coincidieron en ofrecer continuidad, pese al balance negativo que arroja el gobierno de Francisco Flores.

Así, pues, la cara o la personalidad de estos aspirantes puede que haya sido nueva, pero el discurso ha sido muy similar al actual. Todos hablaron de cercanía a la población y de diálogo con los diversos sectores; de los pobres y de política social; de apertura a la crítica y al aporte de la ciudadanía, pero ninguno ha ofrecido planes concretos. El discurso de alguno de ellos fue incluso idéntico al de Flores, al comienzo de su campaña. Pero lo más paradójico son las contradicciones. En su carrera pública o empresarial, ninguno de estos aspirantes se ha caracterizado por aproximarse a los pobres, por identificarse o defender su causa, ni siquiera por promover el debate de las ideas. Ahora han asegurado que van a promover y aceptar la crítica que antes han rechazado, prometieron que no van a privatizar la salud, cuando hasta hace poco exigían su privatización inmediata, y se mostraron preocupados por la ausencia de una política social, cuando hasta hace muy poco lo único que les interesaba era el enriquecimiento de la gran empresa y la represión de la protesta social, causada por la falta de esa política, o simplemente, no echaban en falta la inexistencia de esa política.

Ninguno de ellos se ha distinguido por lo que dijo que va a hacer, de llegar a la presidencia de la República.

En el llamado centro político, aglutinado por el CDU, PDC y la organización Iniciativa Ciudadana, se discutía para elegir una fórmula presidencial única. Los nombres del ex alcalde de San Salvador, Hector Silva; el analista político, Alberto Arene; y el secretario general democristiano, Rodolfo Parker, se manejaban entre los posibles candidatos por ese movimiento político. El día 17, el ex alcalde de San Salvador declaró que descartaba la posibilidad de competir por la presidencia de la República, representando a las fuerzas del centro político. Al final de mes, la alianza de centro parecía encontrar solidez con la disposición de sus diferentes fuerzas para coaligarse, aunque no terminaron de definir su fórmula presidencial.

Como quiera que sea, la dinámica política salvadoreña observada en el mes de junio permite sacar algunas conclusiones. En primer lugar, atendiendo a la lectura gubernamental plasmada en el discurso de Flores ante los diputados de la Asamblea, es posible sostener que su gobierno está agotado y, lo que es peor, carece de credibilidad. La postura defensiva que adoptó así lo confirma. Si ARENA pretende continuar dirigiendo el poder ejecutivo, tendrá que rescatar lo que queda de este gobierno. Mas podrá hacer poco en el año que le queda. No tiene ni tiempo, ni recursos, ni credibilidad. Así, pues, el presidente Flores deja en muy malas condiciones a su partido para las próximas elecciones. Sin cambios inmediatos y eficaces, que beneficien de forma directa a la población, es casi imposible recuperar lo que queda del tercer gobierno de ARENA. Es cierto que una buena parte de la responsabilidad es de Flores, pero también de ARENA, que ha apoyado su mal gobierno.

La ciudadanía le reclama a Flores cuestiones que éste no parece entender. Los puntos más criticados son los mismos de siempre: economía y seguridad ciudadana. La mayoría de la población, según las encuestas, asegura que la economía está peor o sigue igual. Los Tratados de Libre Comercio no aparecen como la solución a la crisis por la que pasan las familias salvadoreñas. Además, la mayor parte de la población no duda que ARENA gobierna exclusivamente para los ricos.

En segundo lugar, es relevante que la cruzada anticomunista en contra del FMLN ha sido fabri-

cada desde los círculos más recalcitrantes de la derecha y sus comparsas de la prensa, precisamente en momentos en que las encuestas de opinión indican una posible alternancia en el poder en el 2004. ARENA ha sacado a relucir sus más enconados miedos y se muestra débil, a pesar de la imagen de democracia y transparencia que ha intentado vender a la opinión pública. Los precandidatos que promueve ese partido se nutren y se muestran gus-

tosos por ese clima anticomunista orquestado desde su mismo seno y desde el gobierno de Flores. Finalmente, Estados Unidos ha contribuido con su cara cuota para alimentar esos temores infundados, rompiendo el silencio que le había caracterizado desde los acuerdos de paz y ha intervenido en la política doméstica salvadoreña, tomando partido por el proyecto de derechas de ARENA, en un intento por favorecer a sus inversionistas a toda costa.

